

Presencia de Ramón Gálvez en Colombia

POR GERMAN PARDO GARCIA

LA verdadera poesía se ha expresado siempre en idioma esotérico y válido de palabras tan próximas al enigma, que su interpretación absoluta y comprensión plena son fenómenos que no están al alcance del que no se halle iniciado en el empleo sutilísimo de aquellas claves abstractas. Allí en donde empieza la no capacidad del común lector para intuir e interpretar, allí comienza a operar lo auténticamente poético.

Aún en los sentimientos más simples y usuales, si se manifiestan a través de la concepción del poeta legítimo, habrá algo incoercible que deje en atónita suspensión a los que no logren trasponer esa linde impalpable, que es al mismo tiempo puerta herméticamente sellada.



Ramón Gálvez

Podría argüirse que algunos grandes poetas no demandan de su inmediato intérprete, en este caso el lector, un esfuerzo de espíritu y mente para llegar hasta las regiones en donde el poeta vive solitario en su complejo mundo.

Ello es, en verdad, así. Mas también lo es que hasta en el más elemental de los poemas y más allá de su sencilla urdimbre verbal, hay ocultas dimensiones accesibles sólo a los que logran penetrar en el misterio de la creación artística y ellos son únicamente los elegidos e iniciados, porque admitir que el común denominador de los lectores es capaz de aprehender la fuerza creadora de sensaciones semejantes, equivaldría a aceptar que el don poético se manifiesta en todos los hombres en proporción heroica.

Verdad es también que ha habido poetas que hieren de modo directo la sensibilidad humana, sin recurrir al lenguaje esotérico de que antes se habla, verbo y flor y fruto altísimos de la verdadera poesía. Decir hasta qué grado aquellos poetas estuvieron o se encuentran enlazados

con lo poético considerado como una fuerza cósmica original, no sería empresa del todo noble. Sin embargo: puede, sí, admitirse, que en poetas como ellos, lo trascendental del hombre y de su angustia, enfrente de los problemas universales o particulares, no fué, no es preocupación esencial de su ser.

El contacto del poeta con el misterio ha dado y dará origen a un lenguaje característico que corresponde al que usaron los iniciados en las religiones primitivas de los pueblos cultos y se conserva como doctrina secreta de algunas.

No sería impropio admitir que hoy la poesía al proporcionar al espíritu del hombre una orientación, vuelve a tener, como en las épocas en que los vates fueron heraldos de lo incógnito, carácter sagrado.

El mundo pide otra vez un caudaloso aporte de emoción que satisfaga sus quejas y la poesía que en estos instantes no logre sino rozar la epidermis y no describa las parábolas abismales, no puede ser el verbo del hombre actual angustiado e impelido por superiores y extrañas fuerzas a chocar contra su propio espíritu.

Es así como los éxtasis eróticos, la pequeña inquietud doméstica y trivial, el misticismo farisaico, la complacencia en artificiales edenes, el uso de lenguaje desposeído de aliento interior, resultan las deterioradas armas que emplearon y son caras todavía a aquellos cuya contemplación no rebasa lo vulgar y cotidiano.

El verdadero poeta ha regresado a los orígenes de su misión celeste, a ser la voz que se levanta para anunciar cataclismos y resurrecciones. El poeta ha vuelto a ser un conductor de almas.

Ramón Gálvez, novísimo poeta mexicano, iniciará en breve su obra con la publicación de un libro trascendente: *Clamas*.

Desde la aparición de Carlos Pellicer hace más de treinta años, en la poesía de México no se presentaba un hombre tan espléndidamente capacitado para el himno como este joven poeta del Estado de Veracruz, que ha vivido la plenitud creadora de su existencia en la meseta central del Valle, es decir, en una de las porciones geográficas más cósmicamente misteriosas del mundo, y capaces de moldear la materia humana e imprimirle una extraordinaria sensación de espacio y de penetración en lo que la vida tiene de atmosférico y telúrico.

Ramón Gálvez supera a Carlos Pellicer en lo que a éste le falta de profundi-

dad y de contacto cierto con las fuerzas subjetivas y subconscientes. No lo iguala en la potencia con que Pellicer subyuga la palabra a su mandato ni en la prodigiosa objetivación de que hace alarde el autor de *Pequeño canto por un recuerdo griego*, poema que consideramos, guardadas las proporciones, como el triunfal regreso a una poesía que no se escuchaba en la tierra desde el tiempo en que se silenciaron las cadencias de Píndaro.

Ramón Gálvez posee un inquietante submundo pleno de extraños panoramas anímicos y creemos que es allí en donde están los cimientos de su mejor realidad presente y las canteras de donde brotarán las más puras formas de este poeta, excepcional por su complicado acento y por su poderío cósmico, para expresar el cual se vale del mencionado idioma esotérico que necesita de una adaptación íntima a sus difíciles giros mentales y a su expresión externa, que se acompaña de una sintaxis complicada también.

Trae Ramón Gálvez a la poesía americana no solamente el propósito de transmitir el acento de una raza, sino su realidad misma y el latente deseo de darle evasión en el canto a sus voces desaparecidas u ocultas. Coincide en este aspecto nuevamente con Carlos Pellicer. En efecto: el poeta de Tabasco se muestra urgido por idéntico afán, pero su manera de aproximarse y de plasmar los supervivientes rasgos de esa raza, difiere virtualmente de la forma como Ramón Gálvez lo insinúa.

Pellicer apela en grado óptimo al sentido del color tropical, al imperio absolu-

En la consumación de esta parte de su lírica, Ramón Gálvez se encuentra en parte, inseguro. Con frecuencia el idioma rehúsa someterse a la creación palpitante y lo fonético no logra unidad ni adecuación al motivo del canto.

Decimos que en parte no se consuma este esfuerzo, porque Ramón Gálvez tiene otra dimensión más honda y reveladora, y es la de proyectar sobre expresiones unidas por un soplo de ansiedad, sus propios desolados sueños. Allí sí se plasma todo el vigor de un grande poeta y adquiere acentuación de cima su carácter de hombre situado en la equidistancia de la soledad espiritual y del problema terreno.

Al dar salida urgente a su capacidad de angustia, se orienta, en ocasiones, a través de su visión particular y exclusiva, hacia la zozobra de su raza y logra indirectamente revelarse como el poeta de una estirpe.

A este propósito último pertenecen los poemas que hoy se publican y que son suficiente motivo para anunciar en Colombia la presentación de un poeta estupendo, nuevo cauce generoso por donde habrá de correr una de las más personales obras líricas de América.

Poema ciego plantea un doloroso problema íntimo, inaccesible y de interpretación esquiva. No puede precisarse lo que el poeta dice. Sensación subjetiva, atormentada, su contenido elude toda inmediata comprensión. Es un poema fundamentalmente esotérico en su savia y en su justa forma. El mismo título del poema es un misterio: *Poema ciego*. Y empieza con un misterio: "Alguno ha muerto..." y con otro misterio concluye: "Reaparezco en ceniza..." Este verso final es de lo más inquietante que hemos leído en castellano e induce a grave y agobiadora meditación, porque tiene profundidad de pozo sumergido y opaco que delata la existencia de algo que pesa sobre el espíritu y no sabremos nunca qué es.

Reaparecer en ceniza puede ser un resultado de complicadas evoluciones biológicas; puede ser también la aparición violenta y súbita de toda la ruina que llevamos dentro. Puede ser eso y mucho más. El poema no lo dice. No podría decirlo. Es un contacto indudable con el abismo y testimonia, además, que en Ramón Gálvez la inquietud va navegando hacia adentro como una oscura nave que abandona los mares abiertos y se remonta a genésicas fuentes alimentadas por inexplicable dolor. No es posible verter en tan pocas palabras bórrosas y confusas como trasfondo de sombra o anunciación de fin de mundo, mayor dosis de congoja que desniva los soportes del alma y la conduce a la tribulación.

El segundo poema, *Bélica*, de amarga concepción, alude a una causa concreta como lo es el pueblo mismo a cuya sangre el poeta pertenece. "Raza cósmica" y guerrera, el mexicano de la altiplanicie llevó su cultura hasta los límites supremos de la perfección y se valió de la piedra y del color para perpetuar su paso por la convulsionada llanura central, tocada de luz inquietante.

POEMA CIEGO

*Alguno ha muerto. Nadie
camina en este instante.
Gotea inalterable
y duele la sencilla
ceguera de la lluvia.*

*Humedecen mis manos
a la espumosa llama.*

*En fuga, reconozco
los futuros cadáveres;
es la cara del hombre
protegido de nieve,
el cristal, el veneno
que destruyen la tierra.*

*Me rodean, rodeo
una luz y una niebla.
Los cristales me cercan y me cortan.
Adentro me deshago.*

Reaparezco en ceniza.

to del color expuesto pluralmente y con marcada aunque sobria insistencia. Gálvez se vale del sonido, de lo escuetamente audífono y deriva entonces hacia la onomatopeya y al empleo de vocablos que puedan uniformar ritmos que correspondan a las soterradas voces que golpean las paredes de sus venas y pugnan por expresar los originales gritos.

Quizá la condición característica de este pueblo fué la de su amor a la sangre y a la guerra y su agresiva oposición a lo extranjero, que todavía permanece y fué el origen de gestas seculares. Díganlo, si

grandeza, Cortés hubiese sido un capitán afortunado en el cumplimiento de mediores hazañas. Su valor universal es resultado de la potencialidad del pueblo que se opuso a su carrera de invasor.

B É L I C A

A JOSE VAZQUEZ AMARAL

*Es el pueblo de ahora.
El país de los hierros enmudecidos de sangre.*

*El hierro está en los hombros y en la espalda del muerto,
único que ha podido penetrar el pantano,
sin exclamar la queja del que se hunde.*

*Las tardías melenas belicosas,
distinguen una raza impávida al incendio,
pretérita en el gozo y actual en el esfuerzo.*

*Todos caminan secos llanos,
todos recogen guijas rotas.*

*Ninguno comunica su grito derrotado:
el destino del muerto es quedar en las rocas,
callado, con su cuerpo, protegida su sombra.*

*Las noches sin combate son las noches más largas:
cualquier sitio es abrupto
para el que lucha en sueños.*

*Hondo terreno, escarpas, necesita el soldado
para gritar su triunfo respaldado.*

*Nunca existió un ejército
que renaciera diario.
¡Nunca!*

*Es hoy cuando la tierra
más estorba y molesta.
Imprescindible el vuelo para acechar la fuga
del maldito.*

*Los enemigos hablan un idioma de acero
que interrumpe los tímpanos y quebranta los pechos.*

*Un trigueño dispara solitario
en las peñas y vuelve con las manos
más rudas. Sus modales potentes,
chupan licores hechos en paredes glaciales.*

*Cuando sean los plantíos y la paz labradora,
surgirán persistentes vegetaciones rojas
del subsuelo invadido de cadáveres.*

*El futuro, sin saber de la sangre,
ha de pisar en bruto los terruños mortales.*

*Con el tatuaje al cuello y el vicio de la pólvora,
los ángeles monstruosos, que de niños pasaron,
sin sentirse, a ser hombres,
obtendrán el prestigio del poder que construye.*

*Ellos vendrán viriles,
enormes de ojos y de brazos,
sin hablar, señalando los senderos bestiales.*

trínseco y es una exposición sombría, aterradoramente sombría, de su pretérito espíritu.

Por una cualidad inherente a los grandes inspirados, Ramón Gálvez despoja este himno de lo anecdótico y lo convierte en su propia esencia. La congoja del antiguo mexicano pasa a ser elemento que se incorpora a la vida del poeta.

Versos contiene este poema que recuerdan las páginas de la Biblia, especialmente aquellas en que los profetas anunciaron a Israel castigo y destrucción.

Los enemigos hablan un idioma de acero, dice el poeta en impar síntesis. Antes había escrito:

*El destino del muerto es quedar en las
(rocas...*

En muy pocas manifestaciones de la poesía, como en *Bélica*, de Ramón Gálvez, hemos hallado tal ambiente más próximo a la excelcitud. Este poema resume dos virtudes sin cuyo apoyo la poesía a la postre declina: capacidad de vigorosa introversión y fuerza suficiente para convertir los hechos en cifras insondables.

En poesía hemos abominado siempre de la presentación directa de los motivos que causaron el canto. Si detrás de los ojos físicos no existe una visión astral, el poeta que describa los objetos como ellos son, sin descender a su íntimo aspecto, no ejecutará otra función de arte diferente de aquella que pueda consumir un pintor de fotográfica pupila, que nos muestra y ofrece el contorno de los volúmenes pero ignora la vida latente hasta en las más precarias formas.

Una piedra puede ser, así contemplada desde ángulos internos y reveladores, un poderoso motivo de incógnita inquietud.

Ramón Gálvez es un descubridor de congelaciones acaecidas en las raíces de su ser y en los atavismos crueles y enigmáticos de su pueblo. No creemos en que haya poetas predestinados para comunicarle al mundo "un mensaje", como hasta ha-

ce poco se decía con pobreza de vocablo y desconocimiento del fenómeno irreal de la poesía. "Un mensaje" como tal entendido, presupone una actitud calculada, un deliberado propósito. El gran poeta, es, sí, un mensajero celeste, pero su palabra no puede por ello quedar sometida al imperio de la mediocre previsión. Su misión no es afirmar, ni negar, sino crear y destruir para volver a crear, en continuada elaboración de mundos y sensaciones. El poeta nada sabe. Todo lo ignora y todo lo intuye y su misión no podrá ser otra que la de descubrir continentes, nebulosas y templos en los que el Enigma se alza escueto y circundado de imágenes sin rostro, erigidas en altares de tiniebla.

En el cumplimiento de esta obra que se enlaza y complementa con las más afirmativas funciones vitales, el poeta se convierte, como antes lo decimos, en conductor espontáneo de almas.

Es de este modo como Ramón Gálvez invade por derecho propio lo que la poesía veda a los que no pueden o no logran enfrentarse con la esfinge que jamás da respuesta a las preguntas de los hombres, porque el día en que diere sus claves la poesía habrá cesado de existir y la filosofía de razonar.

Todas las facultades de Ramón Gálvez son activas y grandes. Si aún tiene considerables y notorias fallas cuando se vale de lo estrictamente verbal para resumir lo que existe en su pueblo de armónico e inaprensible, de colorido y de fuga, esta suma de condiciones que no domina por entero se ve superada por la gravedad de su espíritu y por lo doloroso de su creación, que autorrefracta sus lumbres como un espejo ustorio que a sí mismo se ilumina.

Poeta que habla un peculiar idioma esotérico, Ramón Gálvez caminará las sendas sin ruido del misterio que lo rodea y lo inviste de superioridad. El tiempo le dará después todos los elementos de simple fonética para constituir los himnos de su raza, de los cuales dejó en *Bélica* una señal victoriosa, de terrible y oscuro poder.

no, las empresas de Cortés, que en virtud de su lucha contra los bastiones de esta raza, alcanzó la categoría de héroe homérico. Sin enemigos semejantes, de tanta

El poema en que Ramón Gálvez evoca los altos númenes de su raza, númenes que persisten en los climas mexicanos con su influjo sobre seres y cosas, tiene valor in-

